

EN UN INSTANTE

Por: Jacaranda (seudónimo)

Muchos años después me pregunté por qué precisamente aquel día, mientras observaba el uniforme nuevo encima de mi cama, recordé tantas cosas de mi vida.

Se iba a celebrar una entrega de premios en el Hotel Biarritz de Madrid y me escogieron a mí para entregar el suyo al General Marín de Bernardos, uno de los premiados.

Miré el uniforme que me habían hecho por primera vez a medida, planchado y limpio para la ocasión.

Me puse la blusa blanca y recordé el porqué de mi ingreso en el colegio.

Mis padres y mis hermanas vivíamos en un pequeño pueblo, pero lo suficientemente grande para tener cuartel. Mi padre era militar y su destino era aquel pueblo en aquellos momentos. Yo tenía 6 años en 1953, y al finalizar aquel caluroso mes de agosto, en casa se notaba un ajetreo especial que yo a mis pocos años, no acababa de entender; así que para salir de dudas pregunté a mi madre porqué papá traía tanta comida a casa y que hacía aquel cajón de peras amarillas en el comedor.

Mamá me contestó que iban a empezar las fiestas del pueblo y que los tíos de Tudela venían a pasarlas con nosotros, así que papá preparaba la despensa para que nada faltase.

Me abroché la blusa y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Los recuerdos se apoderaban de mí y yo no hacía nada por ahuyentarlos, más bien quería que siguiesen.

Me despertó la tos de mi padre por el pasillo y oí gritos en el comedor contiguo a mi habitación.

Noté que me levantaban de la cama y me llevaban a la alcoba de mis padres, donde mi hermana de seis meses dormía plácidamente. Mi otra hermana ya estaba allí también.

Pero yo, curiosa por naturaleza, y con esa intuición infantil sabía que algo no iba bien,

Me desplazé sigilosa por el pasillo y me paré delante de la puerta del comedor, donde nadie advirtió mi presencia.

El libro que mi padre había estado leyendo durante la tarde permanecía abierto, de modo que sus pastas azules y amarillas formando franjas de fue lo primero que vi.

Después todo fue muy rápido. Idas y venidas de mi tío Angel que vivía con nosotros; mi madre que no dejaba de llorar atendiendo a mi padre y yo, en el pasillo y espectadora de todo aquello sin intuir, a mis pocos años, que lo que estaba ocurriendo en ese instante cambiaría para siempre el curso de mi vida.

Mis recuerdos eran tan nítidos como si acabaran de pasar. Pasé mi dedo por el labio inferior de mi boca y el dolor volvió a hacerse patente.

Mamá en sus idas y venidas, sin advertir mi presencia, me rozó con la bocamanga de su albornoz y mi pequeña boca sintió que sangraba.

La casa se llenó de gente y yo lo supe enseguida. Papá había muerto.

Después mis recuerdos de aquellos días son como un día de niebla. Sabes que lo que hay delante de ti existe, pero no lo puedes ver.

Me puse el uniforme que me sentaba muy bien, por primera vez, y recordé los vestidos de luto y de alivio de luto que a mi hermana y a mí nos pusieron durante el año siguiente a la muerte de mi padre. Los de alivio tenían un cuellecito de plástico blanco premonitorio del que durante tantos años habríamos de llevar.

Y los cambios en casa...

Cuando fui mayor, ya muerta mamá, un día le pregunté a mi tío Ángel:

-¿Qué sentiste cuando todos los actos del entierro terminaron?

-De repente os vi a las cuatro allí juntas, tu madre tan joven y vosotras tan niñas y me di cuenta de la tragedia que suponía la muerte de tu padre.

Ya no había desfiles en los que papá participaba, ni nos llevaban al campamento de Las Baldorrias, ni bajábamos al cuartel en la vieja tartana verde tirada por mulas, ni él nos subía a caballito por las escaleras de casa. Ya no íbamos al Pueyo de romería, ni él nos llevaba a los cacharritos en las fiestas.

Todo había cambiado. Mamá estaba triste y yo la veía sentada con un cuader-
nillo y un lápiz en los que siempre había números.

Mi hermana y yo jugábamos, y la pequeña de seis meses, en su cuna,
dormía ajena aún a aquellos cambios.

Pero el más grande aún estaba por venir.

Seguí yendo al mismo colegio de San Vicente de Paúl durante 2 años.
Mi madre a pesar de las penurias económicas se negó a que fuéramos a las
que entonces llamaban “Las Nacionales” y que eran gratuitas.

-Las niñas se quedan en las monjas, y no hay más que hablar.

Me puse los zapatos marrones, también nuevos, y recordé el día en que
supe que no iría más a ese colegio.

Hice la Primera Comunión, y a punto de cumplir los 8 años, mamá me
dijo que en Aranjuez me esperaba uno nuevo, con niñas de mi edad que
también habían perdido a su padre.

Pregunté si mi hermana vendría y mamá me dijo que no, que al año
siguiente.

- Es pequeña todavía.

Y así fue. Un 3 de octubre emprendimos las dos el camino hacía una
nueva vida que yo ahora recordaba mientras me peinaba frente al espejo del
dormitorio de La Inmaculada.

Un largo viaje en tren, con varias subidas y bajadas en estaciones desco-
nocidas para mí, y con una larga noche acurrucada junto a mamá, mecida por
el traqueteo, procurando dormir sin conseguirlo .

Al fin llegamos a Aranjuez.

Anduvimos cogidas de la mano durante un tiempo y al fin vi mi nuevo
colegio por primera vez. Me pareció muy grande y la puerta de entrada muy
pesada.

Un cartel rezaba “prohibido entrar sin medias y con escotes exagerados”.

Ahora mientras me daba los últimos retoques a los puños y el cuello de
la blusa no pude por menos que esbozar una sonrisa al recordarlo.

Una monja muy simpática nos recibió y observé que su forma de vestir no se parecía a las que yo había dejado en mi anterior colegio.

Aquel salón me pareció tan grande que me sentí perdida y apreté la mano de mamá fuertemente mientras ellas hablaban. Después nos despedimos entre lloros y promesas y me quedé en manos de la monja y una niña más mayor que yo.

Y ahí, en ese preciso instante, me di cuenta de que una nueva vida me esperaba. Ya no estaba mi madre, ni mis hermanas, ni nadie conocido. Estaba sola por primera vez.

Ya estaba preparada. Dentro de un momento debía bajar a portería donde en coche me llevarían a Madrid. Bajé por la escalera de San Rafael, y me miré en su gran espejo antes de salir al patio de mayores. Allí estaba yo después de 10 años de mi ingreso en el colegio. Ya no era la niña asustada de entonces, ni estaba sola. Tenía muchas amigas, mis compañeras, que todas habían pasado por el mismo trance que yo. Estaba terminando mis estudios de Preu y en esos años habían pasado muchas cosas.

Mis hermanas ingresaron en el colegio; una se había hecho mayor también, y la pequeña aún era una niña a la que las dos ayudábamos.

Recibimos la visita de Franco, y como regalo una caja de bombones a cada una y una estupenda merienda. Nervios de exámenes, obras de teatro, Navidades sin ir a casa, excursiones, paseos por los jardines, incursiones a los sótanos en busca de manzanas y zanahorias. Viajes a Madrid para examinarnos en el Instituto Lope de Vega de las dos reválidas y para las cuestaciones de la Cruz Roja y el cáncer, donde éramos recibidas en el Ministerio del Ejército.

Años en los que al colegio se le llamaba el “telón de acero” por la férrea defensa de sus muros ante intromisiones del otro sexo. El Concilio Vaticano II cambió aquello y el colegio se abrió al exterior.

Procesiones de Mayo, viajes para pasar las vacaciones de verano, reencuentro en Octubre con las compañeras y las monjas.

Alguna que otra regañina por mal comportamiento, entrega de medallas, Santo Tomás, guateques con chicos de Aranjuez en la Biblioteca...con carabina por supuesto.

Muchos días “Cristinos” donde los antiguos alumnos nos visitaban y

compartían unas horas con nosotras . Diez años dan para muchos recuerdos, buenos y malos.

Y pensé que la muerte de mi padre había cambiado mi vida por completo y que nunca sabría qué hubiera pasado si él se hubiera quedado con nosotras. Pero el balance de mi estancia en el Colegio había sido positivo.

Mi último recuerdo antes de bajar el último tramo de escaleras fue para mi madre.

Su vida también cambió en un instante y pensé en su sacrificio al desprenderse una a una de sus tres hijas para que tuviéramos una buena educación. En sus noches de soledad pensando en nosotras a la espera nuestras vacaciones para reencontrarnos .Y frente al espejo le di las gracias y le mandé un beso.

Salí y crucé el patio camino de la portería. Subí al coche con mis otras compañeras y emprendimos viaje a Madrid.

Muchos años después, mientras escribo estas líneas, me pregunto porque precisamente aquel día recordé todo esto. No lo sé exactamente. Quizá los 18 años son una buena edad para recordar.

Ahora me he convertido en antigua alumna. Soy Pínfana y Cristina, he vuelto a encontrarme con mis antiguas compañeras y he conocido otros pínfanos gracias a ese prodigio llamado Internet.

Nos reunimos una vez al año en nuestro día del Pínfano y pasamos un fin de semana maravilloso, en alguna de las ciudades donde hubo colegios. Todos tenemos mucho que contarnos y un vínculo que nos une.

Una noche de agosto, en un instante, cambió el rumbo de mi vida, pero en el camino me encontré con la amistad, la comprensión, el sufrimiento que nos hace fuertes y a mi colegio de M^a Cristina a quien debo mucho de lo que soy hoy.